



Necesito creer que estamos aquí por un motivo

Por MIQUEL RAMIS

“Más lejos, tenéis que ir más lejos
de los árboles caídos que os aprisionan.

Y cuando los hayáis ganado
tened bien presente no deteneros.

Más lejos, siempre id más lejos,
más lejos del presente que ahora os encadena.

Y cuando estéis liberados
volved a empezar nuevos pasos.

Más lejos, siempre mucho más lejos,
más lejos del mañana que ya se acerca.

Y cuando creáis que habéis llegado,
sabed encontrar nuevas sendas”.

Viaje a Ítaca / Constantino Cavafis – Lluís Llach

E

El Mediterráneo es un anciano cansado, un antiguo Dios pagano que un día fue hermoso y lleno de vida. Cansado de esperar que los hombres entiendan que los árboles traen la lluvia, y su ausencia, la sequía y la emigración. Dolido de comprobar cómo fenicios y griegos arrasaron sus bosques para levantar imperios marítimos (¿alguien vio nunca los cedros del Líbano?). Como tiene carácter, a veces sufre arrebatos y crea tormentas para devolver a la costa, ofendido, la basura que le arrojamos. Nos conoce, sabe que seguimos quemando bibliotecas para calentarnos.

La situación ha ido empeorando, primero muy despacio; ahora, en caída libre. Todas las películas de catástrofes empiezan con un científico al que nadie hace caso. Y nuestros científicos, por activa y por pasiva, nos han avisado alto y claro. El cambio climático es aquí un 20% más acelerado que la media planetaria. Y de Valencia hacia abajo, la desertización se nota, y cómo. Las garrigas húmedas de mi infancia, llenas de setas y espárragos, son ahora secos monumentos al monocultivo del pino y al inevitable próximo incendio. Desiertos verdes, donde nadie podría sobrevivir tres días: no hay agua, ni comida, ni conejos, ni cabras, ni erizos, ni bayas, ni raíces comestibles. En los inviernos mediterráneos, los niños jugábamos a pisar charcos y a romper el hielo que los cubría. Comíamos las gruesas y dulces moras de zarzamora y las gruesas moras de morera que crecían a la orilla de los caminos. Las moreras desaparecieron hace tiempo. Las moras son ahora escasas, pequeñas y ácidas. Mi memoria retiene y registra los cambios. En casa, tras 30 años sin pesticidas, aparece de vez en cuando alguna mariposa despistada, buscando a sus numerosas hermanas. No las hallará: se encuentran todas, bien guardadas, en mi infancia, revoloteando en el campo de amapolas que teníamos frente al gallinero. Destellitos de amarillo sobre fondo rojo y verde.

Me llamo Miquel, como mi abuelo mediterráneo, y creo que estamos aquí para algo más que cobrar un sueldo haciendo un trabajo sin salario emocional, jubilarnos y pasar los últimos 20 años sentados en un banco lamentándonos de lo mal que está todo. Necesito creer que estamos aquí por un motivo. Hace dos años, preocupado por el cambio climático, decidí escribir un li-

bro: *Agricultura regenerativa en climas mediterráneos*. Tenía ya 2.600 páginas web escritas sobre cantería y construcción sostenible, así que hasta yo mismo me sorprendí por la elección del tema. Con lo fácil que hubiera sido cortar y pegar... Pensé que el libro me obligaría a ordenar y ampliar la información que había estado recogiendo durante 15 años. Que aprendería. Y así ha sido... Lo que no esperaba era acabar proponiendo un proyecto regenerativo para Baleares, incluso antes de terminar el libro. De repente, el tiempo se ha acelerado. Sospecho que el culpable fue Jaime, mi padre mediterráneo, y sus historias de cómo era la Mallorca de los años 40 y 50. Por el centro del pueblo corría, de octubre a mayo, un "seregai", un hilo de agua procedente de un pozo artesiano. Con 16 años excavó con sus manos un pozo en una de nuestras fincas y halló agua a solo cuatro metros de profundidad. Yo soñaba recurrentemente con atravesar el tiempo y ver, oír y oler, aunque fuera por un ratito, el sencillo milagro de una tierra abundante en agua. A mis 16 años el agua en el pueblo se encontraba a 90 metros de profundidad, y el "seregai" era solo un evanescente recuerdo en la memoria colectiva de mi familia. Ahora mismo el agua está a 200 metros. La hoja roja de Delibes que advierte de que quedan solo hojas para liar cinco cigarrillos. Como el Mediterráneo, he vivido décadas pensando que esta decadencia era inexorable, inevitable. Hasta que descubrí la permacultura, la agroecología y la agricultura regenerativa. De repente, todo estaba por hacer. Cuanto más buscaba, más encontraba: indios en el Amazonas; nativos de Java cultivando bosques comestibles de 700 años de edad; campesinos chinos trabajando los mismos campos durante 40 siglos sin agotarlos; rancheros australianos y norteamericanos que, llevados al borde de la bancarrota, sin dinero ya ni para comprar semilla, deciden intentar unas técnicas totalmente en contra de 10.000 años de prácticas agrícolas; suizos reforestando montes arrasados en Brasil; austriacos transformando una montaña alpina en un vergel donde crecen los naranjos... Y cayendo en la cuenta de por qué los arqueólogos acaban excavando en un erial: Troya, Hattusa, Babilonia, Petra, Menfis o Tebas. Tiahuanaco y Puma Punku. Casas Grandes. Ciudades que terminan siempre abandonadas y que el viento

El monocultivo turístico se desmorona. No hay alternativa al turismo que no pase por la agricultura... regenerativa

técnicas de agricultura regenerativa permiten acelerar exponencialmente la recuperación de los suelos y, con ellos, que la vida regrese. Al duplicar la cantidad de humus en el suelo, automáticamente duplicamos también su capacidad para captar y retener agua. Si volvemos a duplicar esta materia orgánica, nuevamente doblamos la capacidad de retención del suelo. De repente, podemos acumular el agua del otoño y del invierno para cultivar los cereales en primavera. Las riadas suceden porque el suelo es incapaz de absorber la lluvia. Una sola tormenta, por ejemplo, puede recargar un acuífero. Hemos desarrollado una agricultura y una ganadería reaccionando de manera creativa a la degradación: sembramos los árboles a cinco metros uno del otro porque “no hay agua ni nutrientes para los dos”, labramos el suelo para descompactarlo, pero no vemos la relación entre la compactación y el peso del propio tractor, el volteo de la tierra o la pérdida de materia orgánica.

Diez milenios de agricultura hasta hacer indistinguible al agricultor del labrador. Palabras sinónimas, evitando preguntas incómodas: ¿quién labraba antes del Neolítico?, ¿por qué las culturas primitivas siembran clavando un palo en el suelo, tirando una semilla y tapándola con el pie?, ¿por qué las culturas andinas utilizan el negro para representar la tierra? Nuestros niños pintan la tierra de color marrón, pero la tierra fértil, rica en materia orgánica, es siempre negra. La tierra negra es naturalmente blanda y porosa.

ISLAS, ISLAS...

Baleares siempre fue un imán para el viajero. Desde que el archiduque Luis Salvador de Austria escribiera su trilogía *Die Balearen*, primero nobles e intelectuales, luego turistas, han ido llegando, atraídos por el paisaje humano de montañas convertidas en terrazas de cultivo, salpicados por pueblos construidos en piedra, flanqueados por costas de aguas cristalinas y llenas de vida. Robert Graves puso a Deià en el mapa, y el Fomento de Turismo de Mallorca organizó concursos de donde salían canciones que hablaban del turista 1.999.999 y de lo

se encarga, piadoso, de enterrar. Y aprendiendo de tragedias ecológicas olvidadas como la de la Isla de Pascua, los mayas, los anasazis. O nuevas, como el Dust Bowl del Medio Oeste norteamericano o el Amazonas *on fire* de Jair Bolsonaro. Seguimos sin aprender nada, rodeados de soluciones... Las

FERTILIDAD

Balears Verd depende de sembrar árboles frutales, arbustos, hortalizas, tubérculos, viñas y enredaderas, protegiéndose los unos a los otros, creando sombra y frenando el viento; cubrir la superficie de acolchado vivo o seco durante todo el año, sin labrar, y recuperando la fertilidad natural del suelo.





maravilloso que sería construir un puente desde Valencia hasta Mallorca. Ibiza y Formentera desarrollaron su propia épica, incorporándose al circuito *hippie Katmandú-Goa-California*, mientras Menorca se mantenía discreta, puede que influenciada quizás por su breve pasado inglés. Un bicho invisible y pandémico ha expuesto, clamorosamente, la (¿repentina?) fragilidad del monocultivo turístico. De repente se abren los cielos: puede que haya una oportunidad de explicar algo tan sencillo como que no hay alternativa al turismo que no pase por la agricultura... regenerativa. Ningún otro sector tiene la capacidad de absorber mano de obra poco formada, envejecida y que sigue sin entender que la era industrial terminó, que el mundo ha entrado en el Antropoceno.

Ningún otro sector puede ofrecernos soberanía alimentaria, el verdadero estigma detrás del cambio climático: cada grado de aumento de temperatura se traduce en 20% de pérdidas de cosecha. Más la contaminación de acuíferos, la salinización, la muerte de las praderas de posidonia por acidificación de los océanos.

La sexta extinción masiva de especies. Suma y sigue... Así que aquí está la propuesta Balears Verd: sembrar ár-

boles frutales, arbustos, hortalizas, tubérculos, viñas y enredaderas, protegiéndose los unos a los otros, creando sombra y frenando el viento; cubrir la superficie de arbolado vivo o seco durante todo el año, sin labrar, y recuperando la fertilidad natural del suelo. Bosques comestibles, donde todo es comida, o forraje de animales, medicinal o aromático. Donde las abejas tienen comida y función, y la biodiversidad se equilibra en una delicada y compleja danza. Donde entendemos que no somos los dueños de nada, sino parte de un sistema tan eficiente como frágil. Donde poder reaprender lo que creímos saber. Tenemos que detener de una vez por todas el arado de anclas y cadenas que arrancan en un instante años de lentísimo crecimiento de posidonia. Aprender que sus hojas son verdaderos ecosistemas, incubadoras de especies, de biodiversidad y alimentos. Y recordar que la posidonia es un milagro: una planta superior, con raíces, tallo, hojas, flores y fruto... que vive bajo el mar, pero que como tiene mucho tiempo libre, se dedica al discreto oficio de filtrar el agua. De ahí la transparencia mítica y con fecha de caducidad de nuestras aguas... A no ser que nos pongamos a ello. ☺

EQUILIBRIO

Hemos desarrollado una agricultura y una ganadería reaccionando creativamente a la degradación: sembramos los árboles a cinco metros uno del otro porque "no hay agua ni nutrientes para los dos.